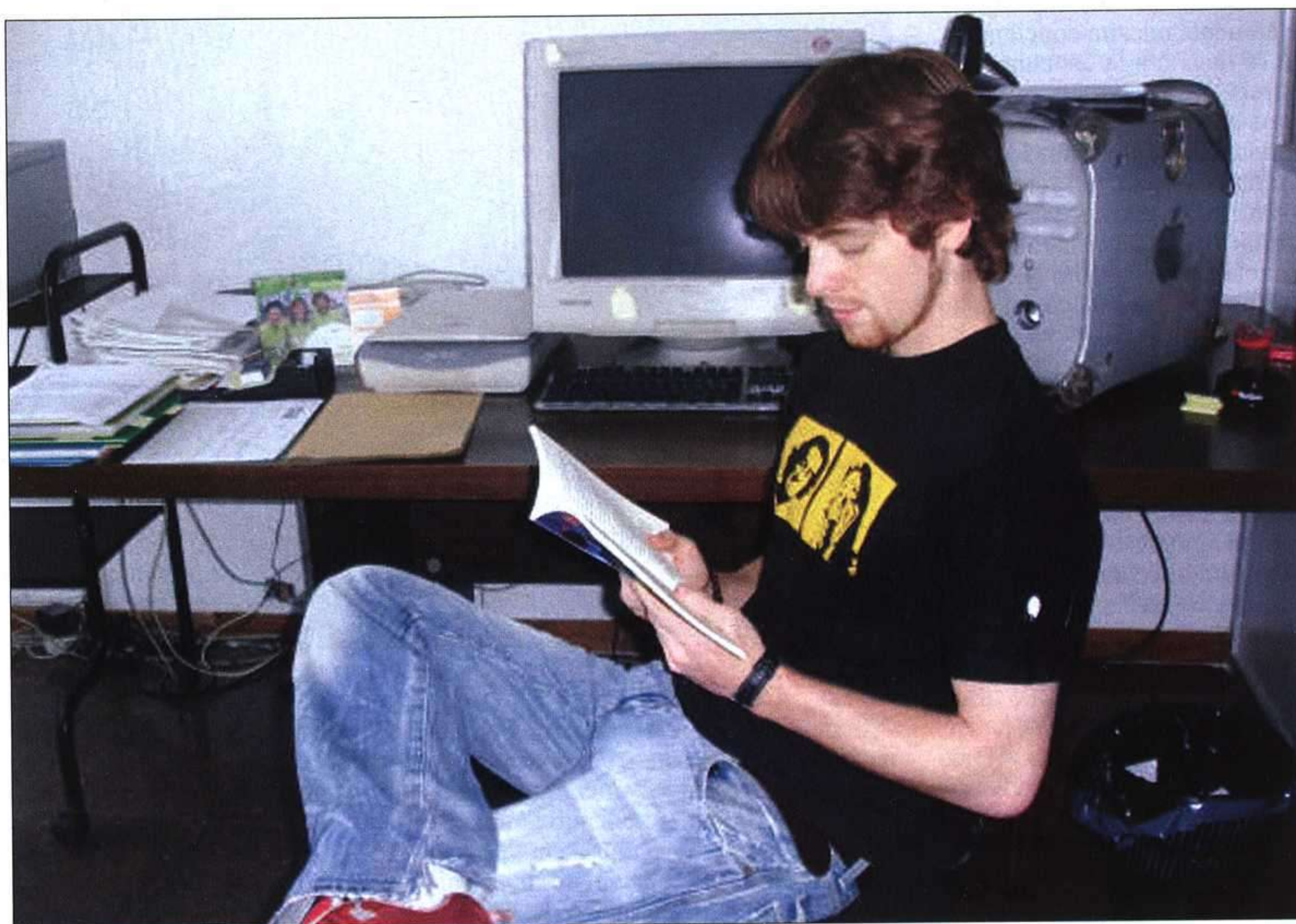


EN TEORÍA

Valores «desagradables» de la lectura

Víctor Moreno*



El autor del artículo reflexiona, con su acostumbrada vehemencia, sobre el conjunto de valores «desagradables» que giran alrededor del acto lector y que constituyen un obstáculo para que los niños y los jóvenes encuentren la lectura apetecible para sus momentos de ocio. Leer es un acto voluntario, autónomo, solitario, lento, que exige silencio, que no tiene recompensa... aspectos todos ellos socialmente poco o nada valorados.

Quizás sorprenda que se hable aquí de «valores desagradables de la lectura». Lógica incertidumbre. Pues lo habitual es ponderar el acto lector mediante un variopinto repertorio de frases hermosísimas. ¿Existe alguna actividad más noble, más honrada, que la lectura? No sólo es hospitalaria, sino que hasta nos refresca la epidermis, fortalece el corazón y nos «hace más jóvenes», según decía un texto premiado a redoble de tambor mediático. Y, ojo, también, más *sexy*. Esto último me lo creo; lo de joven, ya no tanto. Porque, si, como dice alguien, «leer nos hace madurar más rápidamente, porque aumenta nuestra conciencia», fácilmente se llegará a la conclusión de que leer parece cosa de viejos.

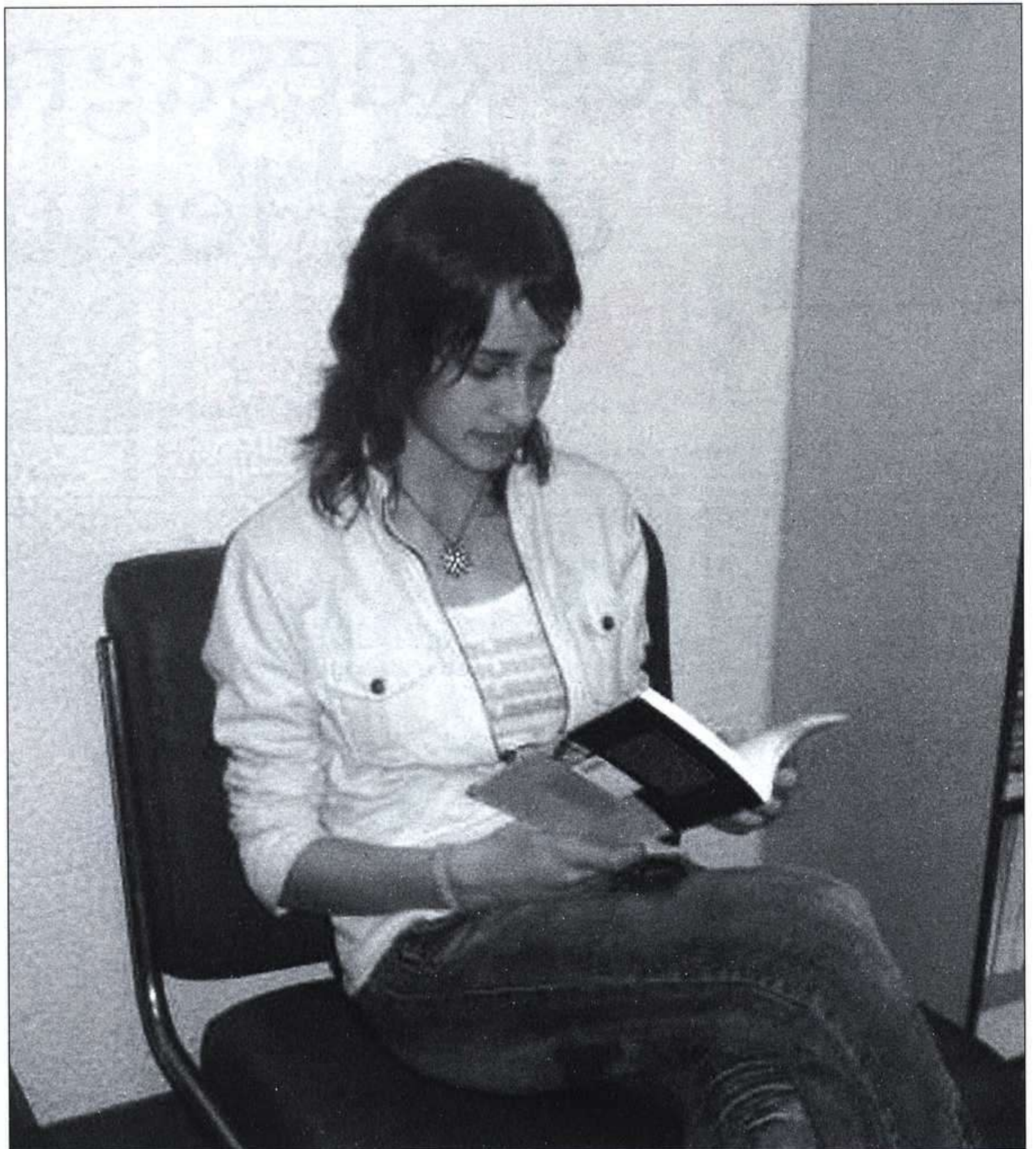
Pienso que merece la pena reflexionar en el conjunto de valores «desagradables» que giran alrededor del acto lector, y que, en sí mismos, constituyen un formidable obstáculo para que la infancia y la adolescencia encuentren en la lectura un acomodo apetecible para su ocio plural y divertido.

La obligación de leer

Antes que nada, conviene señalar que, a veces, no es la lectura en sí misma considerada la que repugna a la mirada displicente de la adolescencia, sino ese conjunto de sutiles y explícitas obligaciones, que acarrea su puesta en práctica.

Algunas características psicológicas, actitudes y aspiraciones vitales de la infancia, de la adolescencia y de la juventud, apenas tienen que ver con los valores que las personas adultas pretendemos imponer como el no va más de la identidad personal realizada.

Es posible que todavía no nos hayamos librado del prejuicio de considerar que los niños no pueden ser felices si no hacen lo que nosotros hacemos. Continuamente, les estamos sermoneando para convencerlos de que no pueden ser felices, si su idea de felicidad no coincide con la nuestra. Y de que, si no leen, es imposible que piensen y sientan esto y lo otro. Este espejismo se debe, en parte, a que seguimos sacando consecuencias universales de un acto —la lectura— que es particular.



MARCEL RICART.

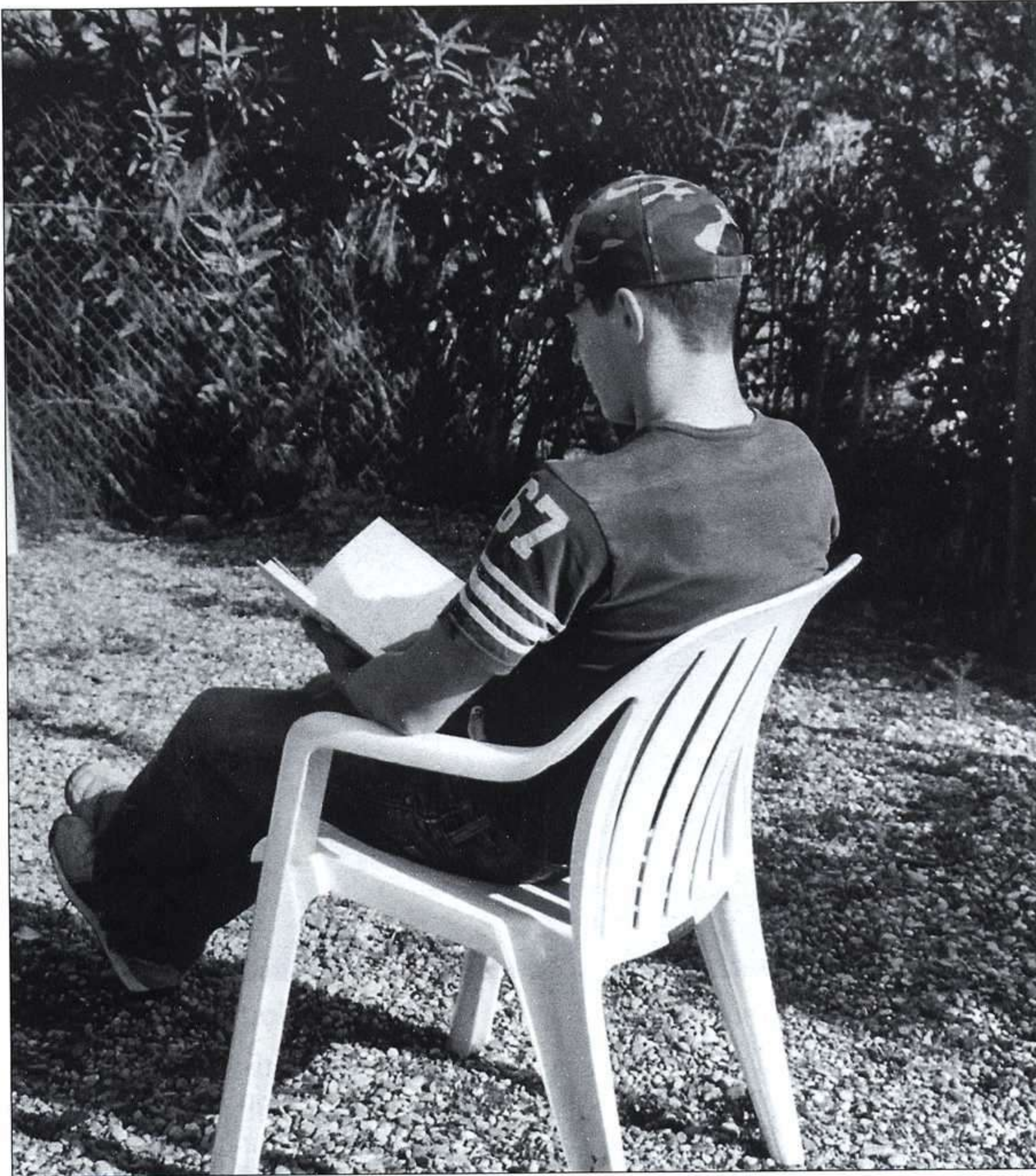
Encajar la lectura —actividad enajenada y autista—, en ese caldo de cultivo psicológico, afectivo y mental, del adolescente, es posible mediante la amable coerción y el uso de un discurso pseudopedagógico que tiene poco de permisivo y de liberal, aunque teñido de amables coacciones y animaciones lectoras muy divertidas.

La lectura sigue instrumentalizándose en todos los niveles, especialmente en aquellos que tienen que ver con la minoría de edad. Pero en muchos casos dicho sojuzgamiento no responde a una concepción de la lectura como una práctica social más, sino como resultado de una actividad productivista y académica.

Las prácticas lectoras que se hacen en

los centros educativos no se parecen en nada a las prácticas lectoras que tienen lugar en las personas que leemos, de forma compulsiva, impulsiva o paralelepípeda. Ni en el modo, ni en las condiciones, ni en las funciones que pueda cumplir. Cuando el joven abandona el instituto, lo hace sin haber aprehendido el sentido que la lectura tiene en la vida de las personas que leen *motu proprio*, sin coacciones, sin tener que dar explicaciones.

Curiosa actitud. A los adultos no les gusta que se les pida cuentas acerca de lo que hacen o dejan de hacer. Sin embargo, los profesores somos expertos en exigir cuentas a la infancia y a la adolescencia a lo largo de todo su periplo



MARCEL RICART.

escolar. Nos pasamos la vida cultivando en ellos la más obligada dependencia, sin percibir que la lectura es lo más opuesto a dicha heteronomía.

Es posible que nuestro comportamiento sea consecuencia de la idea que tenemos formada de la infancia, derivada a su vez del medio cultural en el que vivimos. Rara vez se repara en que las políticas culturales y educativas que se ponen en práctica —la lectura es una de ellas—, son productos derivados de la concepción misma de lo que sea un niño o un adolescente. Nuestras prácticas de animación lectora, no sólo están contaminadas por la idea que tenemos de lo que sea la lectura, sino, sobre todo, por la ideología que tenemos elaborada acer-

ca de lo que debe ser un niño y, más aún, de lo que debe ser un niño en una sociedad como la nuestra, hiperindustrializada hasta el solomillo.

Aunque, tal vez, lo más llamativo sea la actitud de ese profesorado que se comporta de forma muy distinta en su vida personal y en su trabajo. Me parece paradójico que dicho profesorado no aplique en el aula lo que él hace en su vida lectora personal: leer cuando quiere y le apetece para pasar el rato; cuando necesita buscar información; cuando precisa de unos argumentos para rebatir o disputar una opinión; cuando se ve obligado a contrastar unas ideas, unos datos, o una palabra, sea, por ejemplo, *eclipse*, para ver si tiene algo que ver con *lipo-*

grama. Pues, al fin y al cabo, esas funciones son las funciones reales y prosaicas que mueven a la gente a leer. Las otras, las que tanto gusta esgrimir, como son las metafísicas y las farmacológicas, permitidme decir que pertenecen al reino de la evanescencia más espiritosa. Y, en cuanto a la función placentera de la lectura, nada que objetar, siempre y cuando se describa la naturaleza de dicho placer, tan subjetivo y huidizo él, como difícil de explicar.

La lectura no es rentable socialmente

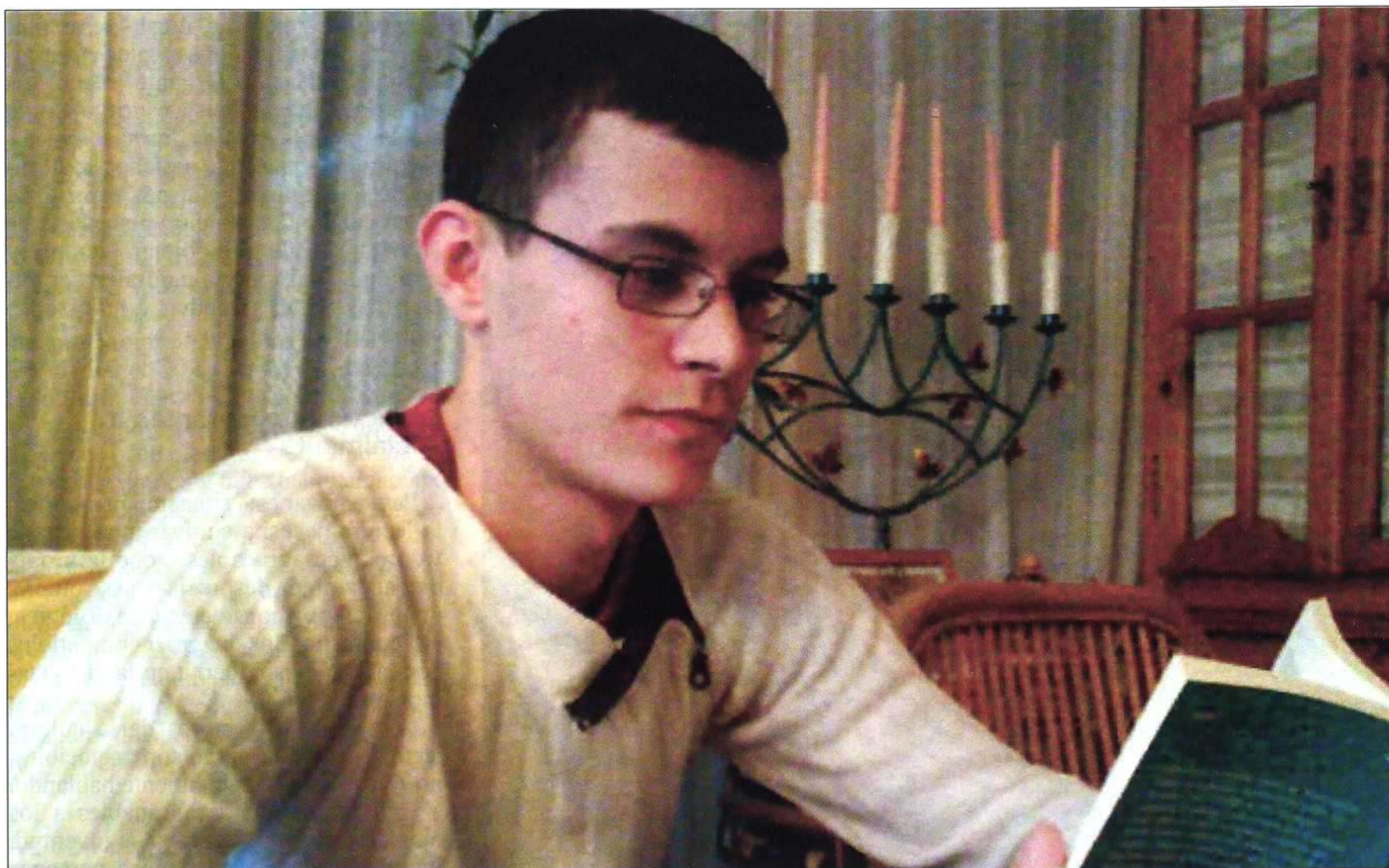
Para agravar esta situación paradójica, la lectura necesita cultivar una serie de valores «desagradables», que la propia ciudad también desprecia o, si se quiere, no los tiene en consideración axiológica. Al contrario, los juzga incompatibles con la vida posmoderna en la que estamos instalados.

Los supuestos valores de la cultura lectora no se llevan, no son apetecibles, no son rentables, socialmente hablando. Y, por tanto, son desagradables a los ojos de cierta adolescencia y juventud. Incluso lo son para muchas personas adultas, las cuales aún no se han enterado, ¡serán ignorantes!, de que «la vida sin lectura se limita y se empobrece», como dice otro reclamo publicitario.

Y es que resulta muy difícil integrar en el ritmo de vida, que nos impone la sociedad, la celebración gratuita de la lectura.

En cierto modo, animar a leer es ir a contracorriente, marchar en otra dirección. Los estímulos mentales y sociales de las ciudades en las que vivimos nada tienen que ver con los estímulos que genera la lectura. Octavio Paz decía que para «la mayoría de la gente leer un libro era una excentricidad, una curiosidad psicológica que colindaba con la patología».¹

Hace unos años, alguien aseguraba que leer era un acto de rebeldía. El único que le quedaba a la juventud. Y que los lectores de hoy eran los verdaderos héroes del momento. Idéntica trípili vuelve a entonar Manguel quien, embutido en la escafandra del visionario, sentenciará. «Leer será en el futuro un acto



MARCEL RICART.

de rebeldía». ² Seguro que sí. Pero supongo que en la misma medida en que lo pueda ser toda esa pléyade de buena gente capaz de respetar los semáforos en rojo; de no escupir donde les pille su pulsión mucosa; de no tirar papeles ni colillas de cigarro al suelo; de no gritar para decir un sencillo buenos días; de llegar puntuales a las citas; de no meter ruido al cerrar las puertas; de no entrar silbando en una sala donde hay personas leyendo o charlando, y así sucesivamente.

Los placeres de la subjetividad que impregna la lectura y gran parte de los que ofrece la ciudad, si no son antitéticos e incompatibles, producen cierta perplejidad en los más débiles, es decir, en la infancia, la adolescencia y juventud.

Para colmo, los centros educativos están adquiriendo los peores modales y «valores» de esta misma sociedad.

Si se repara en que educar no signifi-

ca incorporar la infancia y adolescencia a lo que hay, a la vida más o menos hecha o configurada, entonces se verá con mayor nitidez la confrontación que se da entre los supuestos valores que ofrece la lectura y los que garantiza el modo de vida que impone el capitalismo neoliberal de nuestros días.

Educación supone inscribir al alumnado y al profesorado en unos ámbitos de aprendizaje que deberían garantizar ciertas posibilidades de creatividad y de transformación, de cambiar lo que hay, y no de adaptarnos a lo que hay. En definitiva, de subvertir los valores dominantes por valores que nazcan de la propia individualidad creativa. Pero ya sabemos que la creatividad sigue siendo un fantasma que recorre los centros educativos. Hasta existen profesores que culpan a una pedagogía lúdica y creativa del alarmante fracaso escolar que hoy nos pisa por Doquier, país ubicuo donde los haya.

Desde la perspectiva de lo que hay, del sometimiento a lo que hay, no resultará extraño contemplar cierta aversión a la lectura y, menos aún, entender el tedio que provocan los programas establecidos, sean de lectura o de escritura.

Incluso se ha extendido la especie venenosa de asegurar que leer supone aburrirse. Tanto que hay gente tan poco sutil que sostendrá que, como nunca se aburre, jamás coge un libro.

¿Que nos aburrimos? No hay que preocuparse. Disponemos de cantidad de artefactos, inventados por otros, con los que podemos conjurar nuestro abisal aburrimiento. ¡Como si la casuística del aburrimiento y su solución no formaran parte del mismo tinglado consumista en el que estamos instalados!

Tampoco convendría olvidar que el discurso de la lectura ignora quién fabrica nuestro sentimiento lector y nuestro gusto literario, la moda o la guerra. La explotación del yo lo está desde todos

los flancos habidos y por haber, aunque siempre nos quedará el consuelo de decir que somos libres o autónomos.

Reparemos en los estímulos mentales, psicológicos, afectivos, que rodean el acto lector. Comprobaremos entonces que dichos estímulos forman una red conceptual que ciertas personas juzgamos como estimulante, pero que nada tienen que ver con los modelos sociales axiológicos que se nos ofrecen.

Son los valores «desagradables» de la lectura. Valores que disgusta cultivar porque exigen otro modo de ser, de actuar y de pensar.

El adolescente, desde luego, no los ve como elementos atractivos y configuradores de su personalidad. Al contrario, los considera valores «desagradables»: la soledad, el silencio, la lentitud, la gratuidad, la autonomía, el individualismo... Y ya no digamos la disciplina, el trabajo, la constancia, la voluntad y el estudio.

En definitiva. Valores inexcusables sin los cuales muchos de nosotros, adultos ya, no sabríamos vivir ni, menos aún, sobrevivir. Y, sin embargo, la adolescencia no quiere oírlos nombrar.

Leer y matar la soledad

La lectura es un acto solitario. Para leer, es preciso apartarse de los demás. Ordeñar el tiempo a solas. Sin ninguna ayuda. Olvidarse de la presencia de los otros.

Puede que para un adulto esta decisión le resulte muy fácil de tomar, sobre todo si es un misántropo o un Schopenhauer ambulante. A la adolescencia, no.

A un adolescente no le sirve de nada decirle que cuando lea se verá *ipso facto* conversando con el autor, aunque haya muerto hace tres siglos; dialogando con los personajes y sintiéndose el ser más acompañado del mundo por unos tipos que nunca te abandonan y que son más fieles que el propio sudor.

A un adolescente le sirve de muy poco que le digan que la soledad, cuando no se desea, se «mata» con la compañía de un libro y todas esas parrafadas mayestáticas que los adultos solemos soltar.

Si algo no quiere el adolescente es matar la soledad. Lo que quiere es no es-

tar solo, y, menos aún, sentirse solo. Quiere estar con los demás, con los amigos. De ahí que, en ocasiones, diga que le gusta leer en voz alta con los otros. En realidad, lo que desea es sentirse cerca de los otros. Es la voz de los otros, su presencia, lo que le interesa, porque es garantía de sentirse acompañado. Necesita de inmediato que alguien le conteste o que así lo parezca.

Para un adolescente, un amigo de carne y hueso es más importante que un libro o que un personaje de novela, se llame como se llame y sea protagonista de la más apasionante historia que vieron, y verán, los siglos venideros. La tendencia natural de la adolescencia y de la juventud es estar con los otros, sentirse apoyado por los demás. No hay cosa más aborrecible para un adolescente que no tener amigos; sentirse solo. Es el signo por excelencia de su fracaso como persona.

Admitir que la soledad voluntaria es un valor inapreciable en la sociedad en la que vivimos es demasiado tute para las meninges y corazón de un adolescente.

Además, el modelo de soledad que ofrece la sociedad no es producto de una decisión libre, sino que viene impuesta por el propio consumo, por el Mercado.

Dejamos de estar solos en la medida en que consumimos todo tipo de productos. También libros. Para el Mercado, los libros son cosas, que forman parte de ese conjunto de cosas que pasan, en el doble sentido de que pasan y se pasan. Al Mercado le importa nuestra soledad en la medida en que puede sacarle tajada mercantilista.

Y no podrá negarse que cierto discurso apologético también cae en la trampa mercantilista y mediática de ofrecer el barbitúrico de la lectura como medio de superar el dolor o la soledad insatisfecha. ¡Como si todos los dolores del mundo tuviesen un origen en la falta de condumio lector!

Lo complicado no es animar a leer. Lo difícil es aceptar la soledad como un valor en sí mismo, al margen de cómo, *a posteriori*, la llenemos. El asunto radica en saber qué y cómo hacemos para que los adolescentes puedan enfrentarse solos a su soledad sin sufrir ningún tipo de embolia existencial. No se trata de ofre-

Las
fotocopias
no
autorizadas
de libros
y revistas
son un
delito.



CEDRO

Centro Español de Derechos Reprográficos



cerles los libros como lenitivo a la soledad, deseada o no. Se trata de que sientan la soledad misma como un valor necesario en la vida personal.

Leer y callar

Para leer es necesario guardar silencio. Estar callado como el musgo. Por tanto, es imprescindible salir del ruido y del grito. Y nadie negará que hoy se grita y se produce ruido más que nunca. Y lo más común es sostener que ruido y lectura son incompatibles.

Después de esta afirmación, lo lógico sería preguntarse que ¿cómo es posible hacer lectores en un país que desprecia públicamente el silencio, ingrediente clave para cultivar la lectura? En las escuelas e institutos sabemos que eso se consigue de una manera bien sencilla: obligando democráticamente al alumnado a estar callado.

Aclarado esto, convendría deshacer algún otro equívoco. Por el hecho de que yo desprecie el ruido y me sumerja durante horas en el nirvana del silencio no significa que lleve una vida interior profundísima y que quien no lea sea un su-

jeto superficial y horro de toda inclinación sensible.

Todos llevamos vida interior, leamos o no. Todos piensan en sí mismos. Pensar es inocuo y barato. No somos mejores, porque pensemos. Pero una persona, que mete ruido por donde pasa, que afirma sus vaciedades profundísimas dando gritos, es insoportable. ¿Aunque sea lectora? Pues sí. Y es que, en contra de toda evidencia, existen personas lectoras, compulsivas ellas, que manifiestan una inteligencia social perversa.

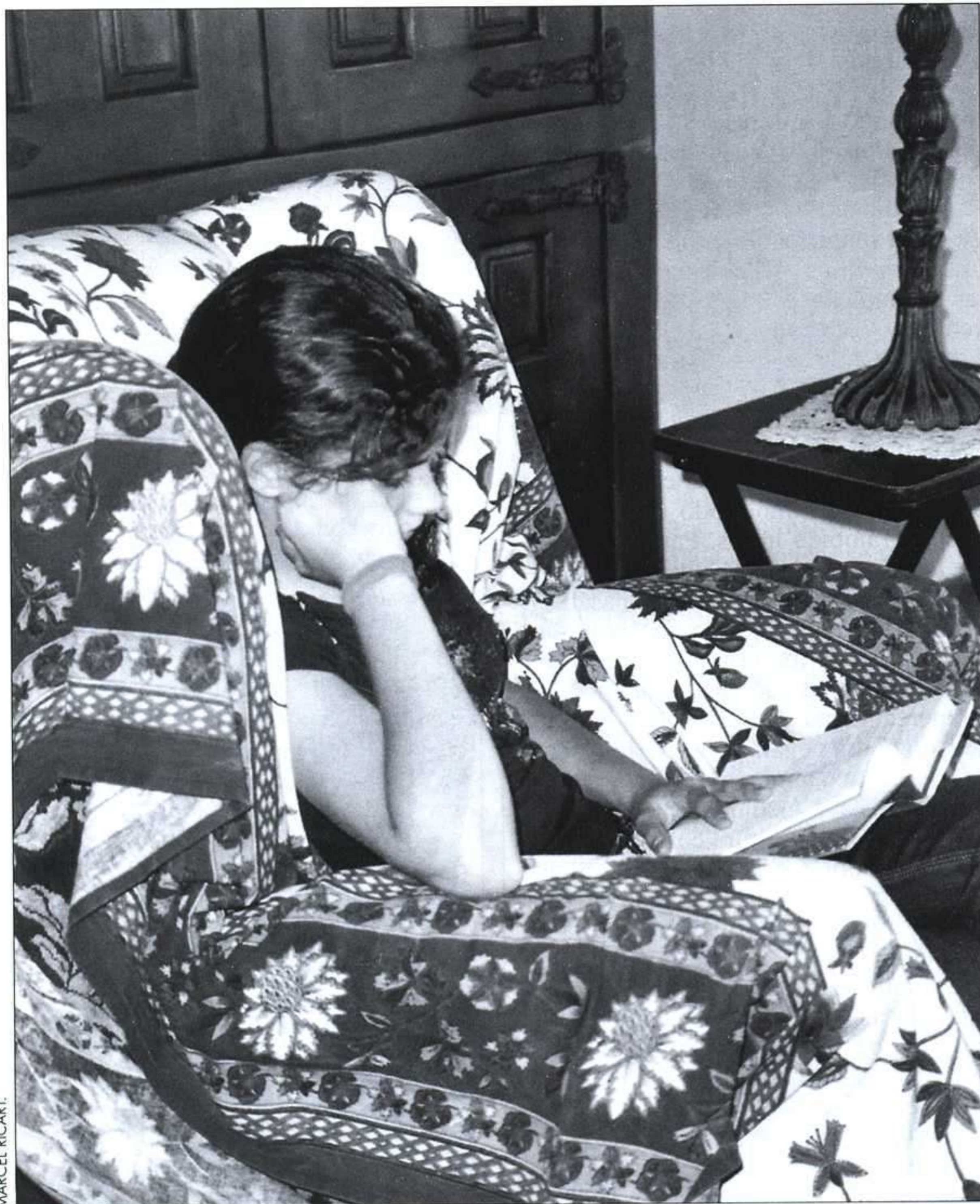
Y esto da pena constatarlo. Porque, si la influencia lenitiva de la lectura produce tanto bienestar espiritual y corporal como una y otra vez se dice, habría que deducir que, como mínimo, cualquier lector compulsivo tendría que ser una persona educada y cultivadora de la más elemental urbanidad. Por eso, suelo decir irónicamente que me conformaría con que la lectura, en lugar de «desalojar del alma tantas infecciones», ayudara a las personas a ser un poco más educadas y más sensibles de orejas y de oídos.

Es una pena que el hecho de cultivar el silencio y la soledad deseada no otorgue ningún carácter especial al ser humano. Es que, además, cuando te enteras de que el penúltimo tipo, que ha machacado los sesos de su esposa era lector de Antonio Gala, entonces es que ya no entiendes nada.

Bueno, sí, entiendes que la lectura de Gala ni aminora el mal genio o mal carácter si lo tienes. Y que la costumbre de poner en práctica ciertos ejercicios de silencio y de soledad, lejos de los otros, para cultivar el mejillón interior viene muy bien para eso, para leer el periódico, cualquier revista, cualquier libro... pero que, más allá de estos límites de prosaica identificación, lo único que existe es la más oscura y superficial de las complejidades conductistas.

A mí me encantaría que la lectura hiciera de nosotros personas juiciosas, personas capaces de hablar en voz baja; personas que saben apreciar el silencio propio y ajeno; personas que no son renuentes al uso de la urbanidad más elemental.

El modelo de convivencia que nos ofrece la sociedad actual es la negación del silencio. Casi todo se consigue gri-



MARCEL RICART.



MARCEL RICART.

tando o apabullando dialécticamente al otro. Cuanto más grita uno, más razón cree que tiene. Y gritar, bien lo sabemos, se puede hacer de muchos modos y maneras.

Las ciudades actuales no cesan de producir ruido. El ruido se ha convertido en una enfermedad natural. Tan natural que muy pocas personas se escandalizan ya ante su presencia. En las mismas casas tampoco se respeta. Todo el mundo se cree en el derecho de producirlo a todas horas.

En mi opinión, la mayor parte del ruido que se hace es producto de la inconsciencia. Es decir, el peor ruido posible.

¿Nos hace la lectura más conscientes de la existencia de los otros? ¿O lo único que cultiva de verdad es el egocentrismo y la egolatría más descarada? El día que mi vecino de arriba me dijo que era un gran lector de Nabokov me dio un pasmo. Como máximo lo suponía lector de un periódico deportivo. Pero ¡Nabokov! ¡Era imposible que un lector de Nabokov fuera capaz de despertarme todas las días a las siete de la mañana poniendo en marcha el aspirador!

Una ciudad que no invita, que no in-

vierte en calidad de vida silenciosa es poco probable que sus ciudadanos reconozcan en el silencio un valor. Y, menos aún, que valoren el silencio que proporciona la lectura, o la dosis de silencio que es necesario para leer.

Por desgracia, la adolescencia también participa de esa concepción calamitosa del ruido y del grito. Los considera como ingredientes naturales. En la vida de un adolescente si no hay ruido, no hay vida. Una vida sin ruido es un muermo. Lo dicen así.

Por eso, la lectura supone en su vida un corte radical que, a veces, no entienden ni desean. Más aún: muchos chicos la desprecian, porque estar callados es lo más parecido a un cementerio.

Ni autonomía, ni independencia lectora

Leer es un acto consciente, derivado de la propia voluntad. La lectura no es un hábito, y menos si éste se entiende como fruto maduro de la repetición. La repetición obligatoria de un acto no produce hábitos, sino malestar. No hace falta cor-

tarse siete veces el dedo con un cuchillo para saber que tal acto de psicomotricidad finísima es muy desagradable.

La mayoría del alumnado, que lee de forma obligatoria en todo el periplo de la ESO, en cuanto sale de este adorable invernadero —cada vez menos adorable—, deja de leer. Y eso que durante cuatro años seguidos ha estado leyendo de forma continuada y constante.

La mayoría de los adolescentes leen por obligación, porque se les manda. En su caso, leer no nace de un acto voluntario, fruto de una decisión.

En realidad, los adolescentes hacen muy pocas cosas voluntariamente. Su ámbito es el de la dependencia más absoluta. No gozan de autonomía para determinar qué es lo que quieren hacer, cómo hacerlo y con quién.

Si hay algún valor que se desprecia en los centros educativos es el de la autonomía. Tanto es así que la enseñanza y aprendizaje de casi todas las áreas siguen abonados al método del autoritarismo verbal más grasiento. El profesorado desconfía del alumnado, a quien considera incapaz de hacer algo bien por sí mismo. Dicha concepción ideológica



MARCEL RICART.

atraviesa de forma venenosa el concepto mismo de niño lector. A la concepción del niño como un inútil se le corresponde simétricamente una concepción de lector raso, vacío, adánico, y, por lo mismo, dependiente total. Antes se decía que el niño era un diamante en bruto al que, mediante el aprendizaje, podría pulirse. Ahora, ni eso. No existe tal diamante, ni en potencia, ni en acto.

El adolescente no goza de ninguna autonomía e independencia lectora. Se le juzga tan torpe y tan inútil que por sí mismo no será capaz de leer y entender bien un libro. Seremos los profesores quienes le digamos qué es lo que tiene que entender de un libro para que así pueda decirse que lo ha entendido bien.

La institución escolar atenta diaria-

mente contra la autonomía e individualismo lector. Y lo hace de tal modo que el adolescente llegará a rebelarse cuando un iluso o un ingenuo profesor le diga que puede leer autónoma e individualmente lo que le dé la realísima gana. No sólo no aceptará tal sistema —hay profesores que lo tachan de libertinaje o de dejadez profesional—, sino que calificará a dicho profesor como un desastre.

Al final, será el propio adolescente quien rechace ese grado de autonomía e individualismo, porque se siente más protegido renunciando a ejercer su independencia, y sometiéndose al dictamen del que sabe, del experto, del profesional. Los hemos acostumbrado tanto a depender que ya no conocen otro sistema de acceso al conocimiento que el de

la mediación o intervención del adulto salvador.

En esta situación, que es endémica, el adolescente no tendrá siquiera la posibilidad de equivocarse cuando lea, ya que todas las respuestas, que se le exijan, lo serán a preguntas que él no se hace. De este modo, se (le) irá despojando de una posibilidad más para desarrollar cierto grado de autonomía. Al no participar en la producción del significado de lo que lee, se (le) negará como sujeto.

De este modo, institución educativa y sociedad se dan la mano. Pues si algo no desea la sociedad actual son personas autónomas, fuertes psicológicamente, personas no divididas (in-dividuos), que, aunque pendientes de lo que pasa, perciben que lo que les pasa por dentro es lo que importa. Si en la institución educativa, el cien por cien de las actividades que realiza el niño le vienen dictadas desde fuera, en la sociedad el noventa y nueve por ciento de las actividades de ocio que realiza le vienen programadas por el Mercado. En este sentido, mercado e institución educativa son auténticos vasos comunicantes de una misma ideología detestable.

Nos hemos acostumbrado a que nos lo den todo hecho y, como adultos, a darlo todo hecho. También la lectura, aunque suene paradójico. De tal modo que, incluso, cuando se lee de forma autónoma, uno no llega a fiarse de sus propias reflexiones y comentarios. Quizás radique en esta carencia autónoma la tendencia a formar clubes de lectura; ya se sabe, esa especie de terapia de grupos donde sus miembros tranquilizan su inseguridad hermenéutica compartiendo con los demás sus apreciaciones y ocurrencias.

El discurso de la lectura se construye sobre la base de una denominada cultura individualizada, que tantos tópicos, derivados de un humanismo trasnochado, tiene que soportar. Pero es muy posible que tal cultura autónoma sea otra entelequia. En realidad, habría que empezar primero por definirla y, a continuación, estudiar las funciones y los efectos reales que tiene la lectura en dicha configuración autónoma e individualizada del sujeto. Que yo sepa, no existen tales estudios. Lo único que hay son frases rimbombantes. Tan rimbombantes como vacías de significado real.

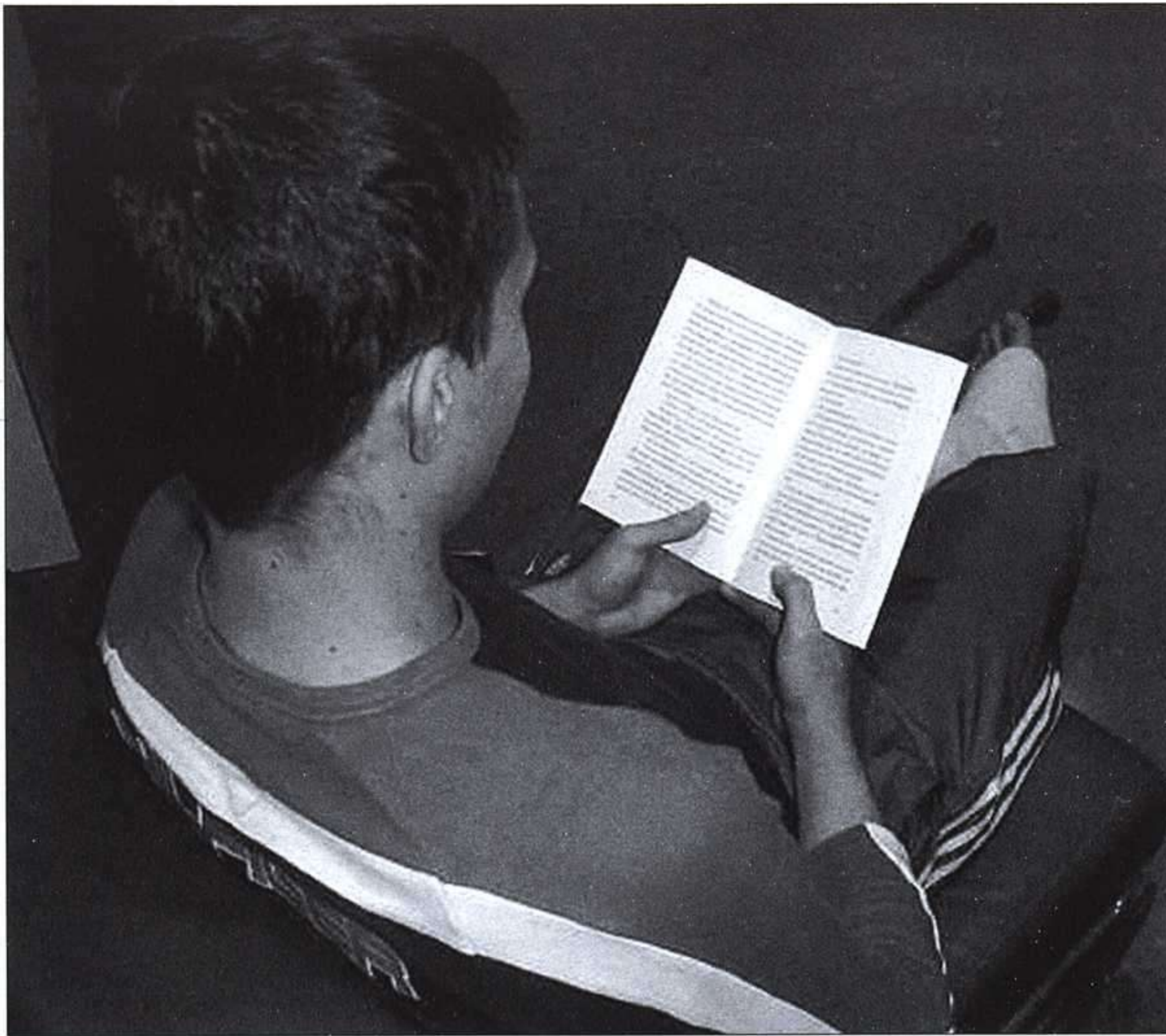
FAIRY OAK

Elisabetta
Gnone

El Encanto
de la Oscuridad



Después del éxito de
«El Secreto de las Gemelas»,
reserva en tu librería el segundo
y emocionante episodio.



MARCEL RICART.

La velocidad de la vida, la lentitud de la lectura

La lectura no es actividad de mansos, pero lo parece. Requiere paciencia y suma tranquilidad. La prisa, si es mala consejera en cualquier ámbito de la vida, también lo es en relación con la lectura.

Ser un buen lector —caso de que pueda hablarse en estos términos— requiere tiempo, mucho tiempo. Un tiempo que hay que restar del que dedicamos a otro tipo de actividades o manualidades psicomotrices. Si no se tiene tiempo, y se lee en esas condiciones de premura temporal, la prisa volverá inútil todo tipo de lectura, incluida la prensa y el Pérez Reverte ocasional. Y ya es sabido que en los centros educativos no hay tiempo para leer. Sólo lo hay para las explicaciones del sintagma y los tipos de argumentación existentes.

Las escuelas y los institutos, en este sentido, son instituciones marcadas por la violencia académica que imprimen los programas oficiales. Por encima de

cualquier consideración, lo definitivo es cubrirlos, pero no descubrirlos. Todo se supedita al programa. El programa lo devora todo. Y lo hace, además, con suma velocidad. A toda pastilla. Esta semana, la lección equis; la siguiente, la lección zeta. Y así sucesivamente. Así que ya me dirán ustedes qué posibilidades tiene la lectura de subsistir en semejante ecosistema, donde prima la velocidad y el sometimiento estajanovista al programa.

El violento siempre tiene prisa. Lo quiere todo al momento, de inmediato, de ahí sus transgresiones al sentido y al significado.

En la sociedad actual, la prisa, la velocidad, es un «valor» cada vez más apetecible. Es preciso conseguirlo todo de forma inmediata. Nadie acepta el aplazamiento y la espera. Nos encanta alcanzar el placer al momento. A los adultos, y a los niños. Éstos son incapaces de aceptar un no como respuesta a sus exigencias más inmediatas y más absurdas.

Y bien sabemos que la lectura no sa-

tisface de inmediato las necesidades de los niños. Precisamente, esta ausencia de satisfacción inmediata de las necesidades de los niños es una de las pegadas mayores de la lectura.

Tal y como sucede la lectura, la que empieza y termina en uno mismo, sin cortapisas pedagógicas e instrumentales, es imposible que pueda interesar al utilitarismo y pragmatismo sociales, que sólo responden a los imperativos del consumo más inmediato y competitivo.

Especialmente, si tenemos en cuenta que la lectura es sinónimo de lentitud, el famoso rumiar de Nietzsche. O, si se quiere, sinónimo de parsimonia, tal como refleja la imagen *Le Philosophe lisant*, pintado por Chardin, y comentado por Steiner, bajo la rúbrica de «El lector infrecuente», en *Pasión intacta*.³ Nada tan antitético a la lentitud lectora como la vorágine de la inmediatez que impregna la mayoría de los actos de la vida actual.

Franco Ferrarotti afirmaba que «la lectura de antes se considera un vicio absurdo y, por tanto, imperdonable, en el mejor caso un lujo inaceptable en el mundo de la utilidad inmediata».⁴

El problema es obvio. ¿Cómo hacer compatible esta velocidad de la vida con la lectura? Sin olvidar, que la propia institución educativa está más que instalada en la violencia de la prisa, o, si se prefiere el retruécano, en la prisa de la violencia.

Leer sin esperar recompensa

La lectura, que es fruto de una elección personal, es improductiva. En principio, no debería buscar una rentabilidad económica o de estatus profesional. Estamos hablando, por tanto, de esa lectura que se hace buscando un placer personal, o «una dificultad placentera», como expresión de lo sublime, según Bloom.

Buscar en lo que hacemos una rentabilidad es actitud muy extendida, y rara será la persona que haga algo sin buscar un provecho. Que el beneficio de la lectura se quede en eso, en provecho íntimo, personal, sin trascender al sistema productivo, no sé si hace a la persona de una manera o de otra, pienso que no, pe-



MARCEL RICART.

ro, al menos, ahí queda el hecho: para recordarnos que no todo lo que debe hacer el ser humano tiene que estar motivado por una competencia salvaje.

Es sabido que el alumnado adolescente no participa de este discurso acerca de la gratuidad lectora. En parte, porque nada de lo que se hace en la institución educativa, y ya no digamos en la propia sociedad, se hace gratis. Todo se hace por algo y para algo.

Y aquí cabría hacer varias constataciones.

La primera se refiere al hecho incuestionable de que el discurso más habitual sobre la lectura se basa en el para qué leer. Rara vez, en el porqué. Interesa mostrar la dimensión utilitarista e instrumental de la lectura que las razones que nos llevan a hacerlo. Actitud que contradice la afirmación, también general, de que el acto lector pertenece al reino de la suma gratuidad.

Como consecuencia de esta actitud intelectual, la mayoría de los textos lauda-

torios de la lectura no se basan en sus funciones específicas, sino en los efectos que produce. Unos efectos que nadie ha estudiado de forma particular y colectiva, y que, dicho de paso, ninguno de ellos son exclusivos y excluyentes de la lectura. Cualquiera de ellos se puede obtener mediante otro tipo de actividad.

La segunda constatación radica en que este discurso utilitarista presenta pocas diferencias con el discurso publicitario que el Mercado elabora sobre cada uno de los productos que vende. Al respecto, se puede hacer una experiencia que puede producir cierta perplejidad. Consiste en intercambiar textos publicitarios con textos elogiosos de la lectura. Se observará que no desentonan un acento. Las similitudes que se dan entre ambos discursos, y que lo son para finalidades opuestas, debería hacernos pensar. Porque las coincidencias no creo que sean mera casualidad.

En este contexto, la tendencia del alumnado a hacer cosas —entre ellas

leer—, para obtener una rentabilidad inmediata es producto de esa situación general de utilitarismo en que vive. Una manifestación clara de este utilitarismo se observa en que, hoy por hoy, resulta casi imposible contar con adolescentes que, de forma generosa y altruista, se presten para llevar adelante proyectos desligados de cualquier recompensa material, como hacer revistas, teatro, periódicos y otras actividades, sin más afán y finalidad que el placer de hacerlas. Por desgracia ésa parece ser la autonomía que algunos adolescentes son capaces de practicar, la de decir no a todo aquello que no les garantice una ganancia inmediata.

Así que no extrañará que la misma lectura forme parte de este engranaje productivo y utilitarista. En los centros educativos, se lee para demostrar que se ha entendido, para responder a unas preguntas que nadie se hace —ni siquiera el propio autor—, para hacer el resumen de una historia que se olvidará al día siguiente; en definitiva, para justificar el trabajo de guardián lingüístico e ideológico de un profesorado que también participa de la dimensión utilitarista y productivista del sistema.

Rara vez se lee para pasar el rato. Más aún, para cierto profesorado, que conozco bien, leer para pasar el rato es una pérdida de tiempo.

Y, sin embargo, ¿acaso no es esto lo que hacemos quienes leemos en casa arrellanados en nuestro sillón preferido? ¿Acaso leeríamos si estuviéramos obligados a resumir el argumento y a responder diez preguntas variopintas, una vez terminada la lectura de una novela?

La lectura gratuita está cada vez más ausente de los predios escolares. Recuperarla no será tarea fácil, pues el ambiente ideológico social en el que nos movemos camina en otra dirección. Y los centros educativos, querámoslo o no, siguen sin pestañear los dictámenes de la propia sociedad. ■

***Víctor Moreno** es escritor y profesor

Notas

1. *La Jornada*, 16 de enero de 1993.
2. *El País*, 13 de enero de 2007.
3. Steiner, G., *Pasión intacta: ensayos 1978-1995*, Madrid: Siruela, 1997.
4. *Leer, leerse: la agonía del libro en el cambio de milenio*, Barcelona: Península, 2002.